

Notas Bibliográficas

*José MEDINA ECHAVARRIA,
Responsabilidad de la inteligencia.
Estudios sobre nuestro tiempo. Fon-
do de Cultura Económica, México,
1943. 272 pp. \$5.00. Dls. 1.00.*

FRUTO parcial de los tres primeros años del autor, José Medina Echavarría, en México, es este libro que se comenta. Se trata de un libro formado por una serie de ensayos ocasionales, pero unido por una sola preocupación: la *responsabilidad de la inteligencia*. Esta preocupación se hace patente en cada uno de los ensayos que aquí se reúnen, lo mismo en los originales, que son varios y valiosos, como en aquéllos en los que la reseña de un libro actual es el pretexto o estímulo para abordar el tema que preocupa. Más que ensayos ocasionales representan capítulos de un libro en torno a una misma preocupación. De este conjunto de ensayos se destacan algunos que, a mi parecer, son la clave de todo el libro, tales como los titulados *Economía y sociología*, *De tipología bélica* y *Soberanía y neutralidad*.

Es un libro valiente, responsable, haciendo honor a su título y, como tal, un libro que se preocupa por los temas de nuestro tiempo. Estos temas se agitan en todo el libro, se centran en torno al problema de las crisis y en torno al problema de la guerra. La incapacidad del hombre para hacer frente a sus crisis, a sus consecuencias, como es la guerra, tiene su origen en la falta de responsabilidad del intelectual. El intelectual, el hombre que posee la serenidad que es menester para enfocar los problemas de su tiempo se ha mostrado en el nuestro como un irresponsable, como un individuo que se rehuye al enfocamiento de los problemas que son vitales para una determinada época histórica. Perdido en malabarismos intelectuales, ha

considerado los problemas de su tiempo como problemas que le son ajenos, problemas dignos del "hombre de la calle" sobre los cuales no ha querido detenerse. La consecuencia ha sido la que ahora vivimos: el "hombre de la calle" ha resuelto estos problemas a su manera, y esta su manera ha resultado ser contraria a los intereses del intelectual que se había desocupado de ellos. El intelectual ha perdido todo prestigio, nadie cree en él, la confianza ha pasado al demagogo que agita las pasiones. La inteligencia ha perdido su puesto, dejando su lugar a las pasiones. Ahora se trata de que ésta, la inteligencia, recupere su lugar, una vez que se ha mostrado lo que pueden causar las pasiones sin el freno de la razón. Pero para ello es menester una inteligencia responsable, que enfoque los problemas de su tiempo y trate de resolverlos. Esta idea, la de una inteligencia responsable, es el tema que se plantea una intelectualidad que quiere recuperar su lugar en la sociedad. Es el tema que se agita en muchos de los pensadores contemporáneos; es el tema que se debate en este libro.

Medina se pregunta: "El estado, ya intolerable, a que ha llegado nuestra civilización ¿es susceptible de una cura racional, o hay que abandonarse sin esperanza al propio juego de las fuerzas ciegas?" Es esta la pregunta del intelectual que trata de volver por los fueros de la inteligencia. Es la pregunta sobre si la inteligencia es capaz de resolver los problemas que plantea el mundo contemporáneo, o si, por el contrario, el hombre actual tiene que ser una víctima de las fuerzas que ha desatado. No quedan sino dos caminos: ordenar el mundo o vivir en su desorden; lo primero significa buscar las leyes que hagan posible este orden, lo segundo significa abandonarse, es decir, perderse en el caos del mundo contemporáneo. Esto, como se ve, implica la responsabilidad del intelectual. En manos del intelectual está este intentar ordenar el mundo o este abandonarse en el caos. Medina, antes que nada, propone realizar lo que el título de uno de sus ensayos indica, la *Reconstrucción de la ciencia social*. Para que la ciencia social cumpla su cometido es menester que sea lo que su nombre dice, una ciencia *social*, es decir, una ciencia para la sociedad, una ciencia que se plantee los problemas de la sociedad para la cual ha sido formada. Es menester una ciencia de la realidad. El mal de nuestra época se ha derivado de esa absurda separación entre la teoría y la práctica, la ciencia y la realidad. Por un lado se establecen multitud de teorías y por otro una realidad ajena a ellas, pareciendo como si la ciencia temiese contaminarse con la cambiante realidad. Se ha establecido un aristocrático, pero inútil, mundo de teorías para regocijo de los intelectuales, mientras que la realidad se las arregla a su manera, resolviendo sus problemas

de acuerdo con esta manera que es siempre ciega en sus consecuencias. Esta actitud de neutralidad frente a la realidad ha dado a la postre consecuencias contrarias a los intereses de los mismos hombres de ciencia. Medina nos dice: “el ejercicio sistemático de la neutralidad, ya casi por la neutralidad misma o como encubierto medio de protección, iba a enraizar de tal manera esa actitud que los científicos se encontraron, en momentos decisivos, paralizados para defender su propio derecho a la existencia, es decir, el derecho a la verdad y a la libre investigación, que eran los valores que justificaban precisamente su parapetada defensa de la objetividad”. La solución del problema está en la capacidad del hombre de ciencia para tomar en cuenta la realidad. El intelectual, si quiere rehabilitarse, no tiene más remedio que rehacer su conciencia poniéndola al alcance de los problemas más inmediatos, sin preocuparse ya por esa absurda separación entre la teoría y la práctica. La ciencia debe ser para su práctica o, de lo contrario, será algo inútil y hasta estorboso. “Pesa sobre nosotros —dice Medina— la obligación de reavivar la fe en la inteligencia y de ponerla sin demora a prueba, mientras dura el respiro en esta zona inmune”, es decir, en América.

América se presenta como el continente en el cual el hombre de ciencia, el intelectual, puede rehabilitarse. En cierta forma Europa sufre el castigo de los pecados de la inteligencia; pero aún no está perdido, aún queda este nuestro continente, que puede aprovechar la enseñanza y evitar caer nuevamente en pecado. El intelectual que ha encontrado refugio en este continente tiene ahora la ocasión para rehabilitarse y rehabilitar con ello a la inteligencia. A esta labor ha decidido dedicarse el hombre de ciencia; este libro es una prueba más de tal intento. No más ciencia pura, es decir, ciencia sin experiencia. “La teoría científica es impura hasta la raíz, es decir, penetrada de experiencia por todos sus poros y por eso mismo operando en la realidad. Ansiemos el día en que se nos anuncie una teoría impura de cualquier hecho social.”

De *tipología bélica* es, a mi parecer, uno de los ensayos más interesantes de este libro. En él nuestro autor, haciendo honor al sentido de responsabilidad proclamado, se plantea un problema de plena actualidad. Este problema es el de la guerra. Se trata de un breve ensayo sobre sociología de la guerra; pero en realidad es algo más que esto; podría titularse: Un ensayo sobre la responsabilidad de la guerra. Esta guerra es, a pesar de quienes tratan de ocultarlo, una continuación de la guerra civil española. La guerra de España fué, ciertamente, una guerra civil; pero la actual guerra sigue siendo también una guerra civil, aunque luchen

naciones contra naciones. Nuestro autor escribe: "La hipótesis, pues, es que nos encontramos en presencia de una guerra civil internacional. O, más precisamente, de una contienda civil de la comunidad europea, que pudiera extenderse a la gran comunidad occidental" (lo que de hecho ha sucedido). Una guerra civil, nos dice el autor, se presenta como guerra totalitaria. La comunidad se divide en dos grandes partes contrarias, entablándose una lucha que no puede terminar sino con el aniquilamiento de uno de los oponentes. No caben en el mundo las ideas que cada uno de estos grupos representan; es menester quede anulado uno de ellos. Lo que unía a ambos grupos era una lealtad común; ésta queda escindida. "Por tanto, abierta la lucha, ésta no puede ser apaciguada ni aplacada; sólo puede terminar con la derrota completa de una de las partes, el agotamiento recíproco o la transacción impuesta por una fuerza externa." Es esto lo que sucede en la actual contienda mundial: se trata de una guerra absoluta que sólo puede terminar por alguna de las dos primeras formas: por la derrota completa de una de las partes o por el agotamiento recíproco: la tercera forma es imposible, pues falta la fuerza capaz de imponer una transacción entre los combatientes, "esto último, tal como van las cosas, es improbable, pues no parece que los 'marcianos' estén decididos a imponer su orden sobre la Tierra y sus sufridos habitantes".

Ahora bien, la *guerra absoluta* "se caracteriza por la ausencia de restricciones y regulaciones en el uso de la violencia, la perfidia y el terror". En esta guerra todas las armas son buenas para aniquilar al enemigo: la traición, la perfidia y el terror. El mundo está dividido por ideologías y no por nacionalidades, lo cual hace posible la traición organizada. Las fronteras no son ya territoriales, sino ideológicas. De aquí que en vez de encontrarnos con una lucha entre distintos nacionales, la lucha se entabla entre ellos mismos: españoles contra españoles, franceses contra franceses, etc. La quinta columna está contra su nación en favor de su ideología; se trata de grupos ciegos a los intereses de su país o nación. Los hombres que forman la quinta columna maquinan abiertamente contra su país, a diferencia del "espía" o el "reptil", cuya labor siempre era vista como deshonrosa; surge el *Quisling*, para el cual la ideología que sostiene está sobre su nación.

Ahora bien, muchos de estos males tienen su origen en la falta de responsabilidad de los dirigentes nacionales, los cuales tratan de salvar los intereses que representaban a cambio de una abstención suicida. Esta falta de responsabilidad de las naciones demócratas se mostró en su política de apaciguamiento. Política que se basaba en esa falta de concordancia entre

la teoría y la realidad. Se quería apaciguar mediante concesiones cada vez más excesivas a un tipo de estado, el totalitario, que no podía ser apaciguado, pues de serlo tendría que desaparecer. Medina hace en este ensayo una descripción de este tipo de estado mostrando la imposibilidad de su apaciguamiento